



LA IMAGEN ACTUAL
DEL
SUPERIOR DE COMUNIDAD
EN LA
COMPAÑIA DE JESUS

Simón Decloux, S.J.

El P. Decloux, antiguo presidente de la Conferencia de Provinciales S.J. de Europa y actual Delegado del P. General para las casas internacionales de Roma, reflexiona sobre lo que a partir de la C.G. 32 debe esperarse del superior local.

Al emplear la expresión "*imagen del superior*" no pretendemos referirnos a las disposiciones psicológicas, a las expectativas, deseos, percepciones de todo género que los miembros de la Compañía o los superiores mismos puedan tener. Lo que buscamos es descubrir una imagen cuyo modelo surge de los diversos elementos contenidos en los decretos de la última Congregación General. Como ayuda utilizaremos también el examen de conciencia hecho por esa Congregación, tal como aparece en la relación sobre "*El Estado actual de la Compañía*".

Como tendremos ocasión de verificar, estos textos no son una simple repetición de las directrices contenidas en las Constituciones y demás documentos anteriores; sino que las aplican a las circunstancias actuales y plantean los

problemas y exigencias, en parte nuevos, a que hay que hacer frente.

Al tratar el tema nos basaremos también en nuestra propia experiencia personal, en las informaciones recibidas, y en las reuniones en que hemos podido participar.

Es conveniente precisar desde el comienzo de este artículo, que, bajo el término "*superior de comunidad*" entendemos exclusivamente aquél a quien se ha confiado la responsabilidad de gobierno sobre una comunidad *local*, aquel a quien se puede considerar como el polo de unidad y garante de la misión de una comunidad apostólica reunida *localmente*.

1. Reflexión sobre "EL ESTADO DE LA COMPAÑÍA"

La "*Deputatio ad detrimenda*" de las anteriores Congregaciones Generales fue sustituida en 1974 por la "*Deputatio de Statu Societatis*", que abarca un más amplio campo de reflexión sobre la vida de la Orden.

El texto definitivo, muy sintético, es resultado de un largo proceso de trabajo y pone el acento en los elementos juzgados como más importantes dentro de la visión que de su propio estado tenía la Compañía al comienzo de la C.G. 32.

En el capítulo sobre el gobierno - que es el que aquí nos interesa - se subrayan, como en el resto del documento, tanto los aspectos positivos como los negativos.

Entre estos aspectos positivos resalta el carácter habitualmente más personal del gobierno actual, unido con frecuencia a una mejor calidad de la cuenta de conciencia dada a los superiores. El gobierno de la Compañía se presenta hoy como un gobierno humano y espiritual, sin formalismos, y generalmente participativo (se han ampliado grandemente las instancias de consulta y los circuitos de comunicación).

Pero la relación sobre "*el estado de la Compañía*" revela al

mismo tiempo, entre las deficiencias notables del gobierno, una falta de precisión o ciertas formas de "*permissividad*". Sobre todo en los superiores locales, se muestra una cierta inseguridad y, con bastante frecuencia, demasiadas lagunas en la aplicación, en la ejecución y en la evaluación.

Limitándonos a estos pocos puntos, parecen indicar algo muy importante, que será el centro de este artículo: dado que el gobierno de la Compañía acentúa hoy la importancia de la relación con las personas, ¿no corre el riesgo de comprometer de alguna manera la "*eficacia apostólica*"? ¿No existe el peligro de introducir un desequilibrio entre la "*cura personalis*" - que necesariamente forma parte de la responsabilidad de todo superior de la Compañía - y el "*gobierno apostólico*" propiamente dicho?.

Este problema que planteamos, y que exploraremos más ampliamente ateniéndonos al nivel del superior local, ¿no ha surgido de las nuevas condiciones del ejercicio del gobierno, y no amenaza agravarse bajo la influencia de una serie de factores, tales como el pluralismo, o el de la distinción - estructural -, hoy frecuente, entre superior de comunidad y director de obra apostólica?

Para poder afrontar estos cuestionamientos con mayor conocimiento de causa conviene detenernos ahora en los textos oficiales de la C.G. 32.

2. El Decreto 11 de la C.G. 32.

Diversos pasajes tanto del decreto 4 como del 11 desarrollan el tema de la función del superior local. El primero de estos decretos tiene por objeto la misión apostólica de la Compañía, mientras que el segundo podríamos decir que se centra en su vida propia de cuerpo. Recordemos ahora algunos textos, más explícitos, del decreto 11 - sobre "*la unión de los ánimos*".

Es interesante llamar la atención en primer lugar sobre el No. 28 de este decreto en que la Congregación explicita su

intención de subrayar la importancia del superior local.

Por otro lado hay algo que resulta llamativo en el conjunto de este decreto que, como acabamos de decir, versa sobre la vida propia del cuerpo de la Compañía: es el hecho de que, conforme a la visión ignaciana, la Compañía y cada una de sus comunidades, son siempre consideradas en su naturaleza específica que es la de ser apostólicas.

La comunidad de la Compañía es en efecto esencialmente misionera; no es de ningún modo la réplica de un monasterio; tanto su composición como la organización de su vida, resultan de la misión, y en función de esa misión deben de ser pensadas. Explicitaremos esto un poco más.

Dejando para más adelante la 3a. parte del decreto, titulada: "*Obediencia, vínculo de unión*" (un.27 ss.), vale la pena recoger algunas "*reglas prácticas*" más inmediatamente centradas sobre nuestro tema. El n.41 enfoca de manera particularmente feliz la perspectiva fundamental que acabamos de mencionar:

El Superior local es el responsable de la animación espiritual de la comunidad. Solicito de la misión apostólica, estará atento a que su comunidad sea una verdadera comunidad de fe. Considere, pues, incumbencia suya implantar las condiciones que favorezcan la oración individual y común, la vida sacramental y la comunicación espiritual.

Al describir los aspectos de la responsabilidad del superior local que se refieren más inmediatamente a la vida propia de los miembros y a la organización de la comunidad, el decreto tiende a situar esta responsabilidad en una perspectiva fundamentalmente misionera y apostólica. Es en efecto la solicitud de la misión apostólica la que engendra tanto en el superior como en la comunidad exigencias de organización, de recursos, de crecimiento continuo, de formación. Es lo que más exactamente explicita el decreto 2, "*Jesuitas hoy*", en su No. 17-18

Siendo nuestras comunidades apostólicas, han de orientarse al servicio de los demás, particularmente de los pobres, y a la colaboración con aquellos que buscan a Dios o que trabajan para hacer un mundo más justo. Examinarán, pues, bajo la dirección del Superior en tiempos fijos, si sus formas de vida favorecen lo bastante a la misión apostólica y a la hospitalidad, y si dan ellas mismas testimonio de sencillez, de justicia y de pobreza.

La amistad en el Señor que están llamadas a realizar las comunidades jesuítas, y de la que el superior tiene la primera responsabilidad, encuentra su punto de convergencia en la misión a la que el Señor envía a los "compañeros".

El servicio del superior, en el centro de un grupo movilizado de esta manera para el apostolado, consistirá al mismo tiempo en hacer crecer la conciencia de las misiones recibidas en nombre del evangelio, realizar la unidad orgánica y provocar la revisión sincera de los compromisos adquiridos, velar por que se den las condiciones necesarias para que tanto las personas como el conjunto de la comunidad puedan entregarse en verdad y con seriedad a la misión recibida.

En este sentido se dan una serie de precisiones y recomendaciones: Presentan el diálogo espiritual y el discernimiento comunitario como medios privilegiados para ponerse juntos bajo la moción del Espíritu de Dios. Hablan también de un examen de conciencia sobre las condiciones concretas de vida en cuanto partes que son del testimonio evangélico. Recordemos los párrafos principales.

Procuren los Superiores, en lo posible, construir una comunidad apostólica ignaciana, en la que puedan vivirse las múltiples formas de una confiada y amigable comunicación espiritual. Si se trata de cosas de importancia, y de hecho se dan los requisitos, es recomendable el uso de la discreción espiritual en común, como cauce peculiar para indagar la voluntad de Dios. (n.50)

El n. 24 desarrolla largamente el papel del superior en el discernimiento comunitario: no sólo debe velar por las condiciones que lo hacen posible, sino que debe definir la materia, tomar parte activa y, por último, determinar la decisión final.

En el n.48 encontramos un examen de conciencia sobre las condiciones de vida de la comunidad. Así este decreto consagrado a la vida "*interna*" de la Compañía remite decisivamente a la naturaleza *apostólica* del cuerpo total y de cada una de las comunidades. De modos diversos el superior se ve continuamente confrontado con su responsabilidad apostólica, en el momento mismo en que se le recomienda velar por la vida de las personas y de la comunidad a su cargo.

3. El decreto 4 de la C.J. 32.

En el decreto 4 encontramos la misma articulación, la misma unidad orgánica entre la "*cura personalis*" y la "*cura communitaria*" por un lado y la "*cura apostolica*" por otro. Pero esta vez el objeto primario de nuestra reflexión es la "*cura apostolica*".

Así es como, al tratar del compromiso social como de una dimensión de la opción apostólica adaptada a nuestro tiempo, el decreto se ve llevado a hablar de las condiciones necesarias para un serio discernimiento en este campo. Y en ese contexto describe el papel del superior como el de un garante de la *unidad fraterna* en la diversidad de las opciones y compromisos *apostólicos*.

El Superior local y, aun frecuentemente, el Superior Provincial deberán tomar parte en este discernimiento. Esto permitirá frecuentemente salvaguardar, por encima de inevitables tensiones, la *unio animorum*. El Superior ayudará a la comunidad no a tolerar, tan sólo, ciertos apostolados más particulares, asumidos en la obediencia, sino incluso a sentirse solidariamente responsable de ellos. (n.45)

Así pues, ante las llamadas del apostolado, cuya diversidad puede hacer surgir entre los miembros de una comunidad obstáculos a la unidad, el papel del superior consiste en consolidar la unión enraizándola en la responsabilidad común asumida en nombre del Señor, de su evangelio.

Tal es el sentido de la Compañía, como cuerpo unificado por la misión misma. El apostolado debe ser confiado y asumido en una perspectiva que, lejos de aislar a cada uno en la tarea que le es propia, lo integra, por el contrario, en una misión que pertenece ante todo a la totalidad del cuerpo. ¿Quién no ve el punto esencial, con frecuencia determinante, que ocupa aquí el superior?. No sólo el superior provincial, que ha confiado a cada uno la misión que debe realizar; sino también, y a menudo más directamente, el superior local, a quien corresponde mantener unido orgánicamente el cuerpo apostólico de la Compañía en su concreción más inmediata que es la del grupo de compañeros reunidos en un mismo lugar:

Bien trabaje juntamente con otros, bien trabaje aisladamente, es importante que cada jesuita sea y se sienta «enviado». Conciérne al Superior, después de haber acompañado a cada uno en su discernimiento, asegurar la inserción de las tareas apostólicas de todos en la misión global de la Compañía. A él toca precisar y adaptar la misión dada a cada uno por el Provincial y promover la cohesión de los miembros de la comunidad entre ellos y con todo el Cuerpo de la Compañía al que pertenecen. (n.65)

La exigencia de unidad aquí descrita no puede ser afrontada con éxito sin estar acompañada y sostenida por la existencia de un marco de fraternidad, expresión de la unidad de vocación y misión que define a la Compañía total y a cada una de sus células vivas. Puesto que es responsable de la misión apostólica realizada por los miembros de su comunidad dentro de la unidad de ésta, el superior debe proporcionar a la comunidad que tiene a su cargo las condiciones necesarias de cohesión, comunicación, oración:

De aquí la importancia de la comunidad apostólica, de la que el Superior es garante. Cada uno debe poder encontrar en ella la realimentación de la que tiene necesidad: por la oración, el intercambio fraternal, la celebración de la Eucaristía. De la misma manera, la comunidad debe ser para cada uno el lugar de discernimiento apostólico siempre necesario. (n.63)

Así del *apostolado* se nos remite a las condiciones de la *vida comunitaria*, del mismo modo que ésta no encontraba su consistencia sino en referencia a la perspectiva apostólica que define a la comunidad jesuítas.

Quisiera ahora abordar una serie de textos, que confrontan las dificultades propias del cargo de superior de la comunidad en las circunstancias actuales.

4. La obediencia, vínculo de unión.

Para decirlo de forma incisiva, y volviendo al problema evocado ya a propósito de la relación sobre "*el estado de la Compañía*", ¿No se da actualmente la tentación de identificar la imagen del superior local con la de un "*Padre Espiritual*", e incluso, de una determinada clase de Padre Espiritual?

¿Descargado con frecuencia de la responsabilidad inmediata respecto a la obra apostólica en que trabajan un buen número de los miembros de su comunidad, teniendo que tener en cuenta las dificultades y a veces las crisis por que atraviesan más frecuentemente las personas, debiendo mantener un "*mínimo de unión*" en comunidades amenazadas por ciertas formas de pluralismo, el superior local no corre el riesgo de convertirse más y más en el "*hombre de dentro*": aquél que se ocupa de las "*personas*", de sus problemas y dramas individuales, y aquel que se esfuerza por mantener un mínimo ambiente de vida comunitaria?

¿Y no puede ser que le impulsen a asumir papel semejante no sólo las circunstancias, sino también una determinada

comprensión de la "*cura personalis*" que recae sobre el superior, y una determinada práctica de la cuenta de conciencia, tan específica de la concepción ignaciana del ejercicio de la autoridad?

Estos cuestionamientos son percibidos o presentidos hoy, creo yo, por un buen número de superiores. Y si me atrevo a hablar aquí de "*tentación*", es porque me parece que tal orientación tiende a desnaturalizar, y a veces gravemente, la esencia misma de la autoridad y la obediencia propias de la Compañía, esa autoridad y obediencia que una vez más quedaron definidas por los decretos de la última Congregación General.

Nuestra reflexión sobre el tema se basan sobre todo en los textos del decreto 11 reunidos bajo el título "*Obediencia: vínculo de unión*". Tal título, adoptado por la Congregación, es clásico en la tradición de la Compañía. El texto mismo remite a varios números de las Constituciones. Pero a continuación manifiesta una viva conciencia de las condiciones, en parte nuevas, en que la unidad debe hoy realizarse y expresarse, sobre todo en el campo apostólico:

Hoy de modo especial, vista la amplia dispersión de nuestras empresas apostólicas y la necesidad de cualificarse para trabajos altamente especializados y la consiguiente separación necesaria, en muchas partes, entre la obra apostólica y la comunidad religiosa, preservar la unidad de fin y de dirección se convierte en una exigencia primaria. (n.27)

Por consiguiente sería nocivo para la vida de la Compañía dejar de algún modo proliferar iniciativas apostólicas abandonadas a los individuos, o dejar sin más a su propia lógica instituciones de intención apostólica, pensando que la comunidad y su superior deben limitar su papel a lo que mira al simple orden "*interno*" y a la vida "*personal*"; y dejar por tanto de lado la "*actividad*" apostólica, cuyo terreno de expansión y de expresión se encontraría fuera de la comunidad, como algo "*exterior*" a ella, escapando así a su competencia y a la del superior que la dirige.

Hay una frase en el mismo n.27 del decreto que merece

ser meditada: "Precisamente por ser vínculo de unión es (la obediencia) la garantía de nuestra eficacia apostólica". La unión de la comunidad y su irradiación apostólica no se distinguen como dos cosas separables, ni como lo "interior" y lo "exterior" de la vida de un grupo. En cierto sentido, la comunidad apostólica no encuentra su propia unión sino en la medida en que está vuelta hacia el "exterior"; y recíprocamente, el apostolado no adquiere su eficacia sino en la medida en que encuentra su fuente en el "interior" del cuerpo misionero de la Compañía y de sus distintas comunidades.

Así el n.28 del decreto 11 prosigue y precisa:

Aunque el Superior local no lleve la dirección de la obra apostólica por tener esta su propio Director, renene él, sin embargo, la responsabilidad de confirmar a sus Hermanos en la misión apostólica y velar porque su vida religiosa y comunitaria sea tal que los habilite, con la gracia de Dios, para cumplir con la misión recibida. Por otra parte, es deber del Superior apoyar la misión de los jesuitas y aun, en ocasiones, determinarla más en detalle, *«en manera que los particulares que están en alguna casa o colegio hagan recurso a su Preósito local, y se rijan por él en todas las cosas»*.

Efectivamente la misión apostólica de los compañeros no consiste solamente en el cumplimiento "profesional" de una tarea determinada, sea dentro de una institución o no. Es ante todo asunto de libertad, obra del espíritu; ella moviliza las fuerzas más íntimas de la persona. En ese núcleo preciso donde cada uno existe como persona libre y asume sus opciones en espíritu y en verdad, es donde ante todo se sitúa el abandono propio de la obediencia.

De ahí es de donde provienen las actitudes más decisivas, los comportamientos concretos que caracterizan el trabajo apostólico de cada uno. Incluso si un superior de comunidad no tiene que preocuparse de la organización institucional de la obra en que trabajan cierto número de jesuitas de su comunidad, no puede renunciar a su responsabilidad apostólica frente a aquellos que le han sido confiados. Se le exige que con

cada uno y con la comunidad entera, proceda a la revisión de las actitudes y los comportamientos, y a una reflexión sobre las opciones propiamente apostólicas.

Tal es la dimensión primordial de la tarea que le ha sido confiada: *"Es obligación suya estimular y moderar los trabajos apostólicos de los miembros de la comunidad"* (n.29)

Y esto de ningún modo relega al director de obra -su poniendo que sea distinto del superior de comunidad- a un papel de mero organizador técnico o profesional. Puesto a la cabeza de una institución apostólica, el director no puede efectivamente dirigirla si no es ordenando todos los medios institucionales con que cuenta en función del fin apostólico que la institución debe perseguir.

Tal es la lógica propia de toda institución: organizar se en función de su fin. La *"autoridad religiosa"* de que puede investirse a tal director (Cfr. n.29, 2do. párrafo) resulta por tanto directamente de la responsabilidad apostólica que se le ha confiado sobre la obra que dirige. En el marco de la lógica institucional exigida por el fin apostólico, es normal que disponga de la autoridad necesaria para buscar obtener ese fin y para ordenar al mismo los medios de que dispone (sin olvidar entre ellos a las personas que trabajan al servicio de la institución)

Cierto que, en la situación que tratamos aquí de describir - y cuyas variantes son múltiples en la Compañía hoy en día - es de primera importancia que exista una real armonía y un no menos real acuerdo entre el director de obra (revestido de autoridad en virtud de su responsabilidad de cara a la institución y su fin apostólico) y el superior de comunidad (revestido de autoridad en virtud de su responsabilidad de cara a un grupo de jesuitas que viven la misión de la Compañía).

Llegará quizás un tiempo en que habrá que aplicar a las diversas situaciones las lecciones aprendidas de la experiencia y determinar qué fórmulas garantizan mejor el acuerdo necesario. Pero lo que sí podemos afirmar es que de ninguna manera puede el superior de comunidad desentenderse de la

responsabilidad apostólica que la Orden le ha confiado al nombrarle superior. Debe pues estar presente en la vida apostólica de cada una de las personas y de la comunidad en pleno.

Esto nos lleva a fijarnos un poco más detenidamente en dos de los medios más eficaces de que el superior dispone para poder realizar esa misión: la cuenta de conciencia y el discernimiento comunitario.

5. La cuenta de conciencia.

La C.G. no ha querido introducir innovaciones en este punto con respecto a las Constituciones y la historia de la Orden. Al hablar de la cuenta de conciencia remite explícitamente al decreto 17 de la C.G. 31, y a través de ella, a las prescripciones anteriores sobre ella:

La cuenta de conciencia, como elemento de gran importancia para el modo de gobierno espiritual de la Compañía, conserva todo su valor y vigencia. Todos, por tanto, la practiquen con los Superiores según las normas y el espíritu de la Compañía (n. 46)

Pero, deseosa de superar la amenaza de formalismo, consciente por otro lado del género de abertura de conciencia practicada hoy en la Compañía, tal como se revelaba de modo bastante general en la relación sobre el "*estado de la Compañía*", la Congregación ha querido inscribir la "*práctica*" de la cuenta de conciencia en el conjunto de relaciones que constituyen la totalidad del Cuerpo y las diversas comunidades que lo forman. Se trata, en efecto, de vivir el conjunto de esas relaciones con la libertad y la confianza que las convierten en lugares de comunicación y de acogida comunes de la gracia de Dios y de la guía del Espíritu:

más aún, las relaciones entre los Superiores y sus Hermanos sean tales que favorezcan la manifestación de conciencia y el diálogo espiritual.

La cuenta de conciencia, la abertura espiritual, tienen, como se sabe, en la Compañía una finalidad y una referencia ante todo apostólicas. Son exigidas por la misión. Por eso no es extraño que el decreto 4 sitúe la cuenta de conciencia en la perspectiva del dar la misión. La "misión" conferida por la Compañía y revisable por ella misma pertenece - como lo recuerda el decreto - a la responsabilidad inalienable del superior; y el texto prosigue:

Esta responsabilidad del Superior no se puede ciertamente ejercer sin una práctica viva de la cuenta de conciencia, mediante la cual el Superior puede participar mejor en el discernimiento de cada uno y ayudarle en él (n.67).

Como se ve, la cuenta de conciencia y el clima de abertura espiritual que por medio de ella mantiene con el conjunto de la comunidad, permiten al superior local acompañar de algún modo a cada uno de sus hermanos en la misión apostólica que realiza. Es por consiguiente el instrumento más adecuado de que dispone para poder cumplir su responsabilidad respecto a las personas.

El superior de comunidad ha de procurar en primer lugar poner a este nivel sus relaciones con los miembros de su comunidad: deseando asumir y orientar, en nombre de la Compañía, la vida apostólica de los jesuitas que le han sido confiados. Sin la actitud de fondo que esto supone y sin el ambiente general que necesariamente le acompaña, es la realidad misma de la Compañía como cuerpo misionero la que queda amenazada. De ahí la importancia de insistir en lo que en este sentido se espera de los superiores:

Hoy más que nunca es necesario ese talante espiritual de gobierno. El acento que, decíamos, se carga hoy sobre la iniciativa personal, junto con el ancho margen de oportunidades abiertas a esa iniciativa, puede oscurecer el sentido de misión—esencial para la obediencia ignaciana—, y hasta anularlo, quizá, si nosotros no utilizamos mejor aquel especial medio que para el gobierno espiritual nos legó San Ignacio: *la cuenta de conciencia*.

Pero si la cuenta de conciencia cae directamente dentro de la línea de responsabilidad que atañe al superior respecto a cada una de las personas, es claro que el ambiente que contribuye a crear o a reforzar, afecta al conjunto de la comunidad, haciendo posible una vida comunitaria de naturaleza espiritual y propiamente apostólica. Pues si cada uno practica la entrega de sí mismo, de sus iniciativas y sus compromisos apostólicos, a la Compañía en la persona del superior, es la Compañía misma la que descubre y realiza ahí la profundidad de su libertad espiritual y su disponibilidad para la misión.

Cuanto más plena y sincera sea la cuenta de conciencia, más auténtico será nuestro conocimiento de la voluntad de Dios y más perfecta aquella unión de mentes y corazones de la que nuestro apostolado deriva su dinamismo (n. 32)

Este texto nos invita a abordar ahora el tema del discernimiento comunitario. Es este discernimiento - como veremos - lo que constituye hoy el lugar privilegiado en que se ejerce la responsabilidad del superior, no ya solamente respecto a las personas tomadas individualmente, sino también respecto a la comunidad considerada como un todo. La responsabilidad del superior, de naturaleza apostólica, se traduce indudablemente en el conjunto de las decisiones que toma y que propone como tales a la obediencia de sus compañeros; por tanto no se limita a las decisiones tomadas en un proceso de discernimiento en que la comunidad en pleno ha participado. Pero sin embargo, el proceso del discernimiento comunitario manifiesta más visiblemente, en el corazón mismo de la comunidad, la responsabilidad propia del superior. Por eso, limitándonos a la perspectiva hasta ahora seguida, dedicaremos a este tema unas cortas reflexiones.

6. El discernimiento comunitario.

Lo mismo que la cuenta de conciencia, el discernimiento comunitario tiene en la Compañía ante todo una razón de ser *apostólica*. Por eso es algo totalmente diferente a una

"*dinámica de grupo*", orientada más bien a la toma de conciencia y el crecimiento de las personas. Le distingue también del diálogo espiritual, en que cada uno puede ayudar a los demás a crecer por medio del intercambio de reflexiones y experiencias. Por ser discernimiento tiende a desembocar en decisiones y a inspirar los compromisos. Y, dada la naturaleza apostólica de la Compañía, esas decisiones y compromisos pertenecen ante todo al orden de la misión.

Por tanto dirigir el discernimiento de una comunidad es para el superior local algo muy distinto de situarse dentro de un grupo de personas que tiene su centro en sí mismo y que en sí mismo encuentra su finalidad; es más bien ponerse en situación de responsabilidad respecto a las opciones y acciones apostólicas que ese grupo debe emprender

Cuando el decreto 4 quiere definir la responsabilidad del superior, no se contenta con la cuenta de conciencia, si no que se refiere también a la reflexión apostólica común, que al superior corresponde dirigir.

Esa responsabilidad supone también que él reflexione constantemente, con la ayuda de los compañeros, sobre las necesidades apostólicas nuevas que surgen y sobre las posibilidades de responder a ellas. (n.67)

Si esta reflexión puede practicarse frecuentemente a través de los contactos que el superior mantiene con cada uno de los miembros de la comunidad, o con un grupo reducido de ellos, con todo parece deseable que convoque, al menos algunas veces, a un discernimiento en que participe la comunidad en pleno.

El n. 18 del decreto 11, ya citado más arriba, se esfuerza en precisar el "*papel que corresponde al superior en el discernimiento comunitario*". Las indicaciones proporcionadas por este texto están encaminadas a orientar al superior en la práctica del discernimiento con toda su comunidad. Indican en efecto cómo a él le toca poner en marcha el proceso, alimentarlo y finalmente concluirlo. No vamos a desarrollar aquí más este tema del discernimiento comunitario, que ha sido ya tan estudiado en los últimos años. Nos contentaremos

con reproducir este pasaje del decreto 11, de modo que aparezca más claramente el lugar esencial que corresponde al superior:

¿Qué papel corresponde *al Superior* en el discernimiento comunitario? Debe, primero, fomentar, en cuanto sea posible, las disposiciones requeridas; segundo, señalar la convocatoria de la comunidad y definir la materia del discernimiento; tercero, tomar en él parte activa como vínculo de unión dentro de la comunidad y con toda la Compañía, y, por último, determinar la decisión final a la luz, sí, del discernimiento realizado, pero libremente, pues a él como a Superior, se le ha confiado el carisma y la carga de la autoridad. Porque la comunidad discerniente no es, en nuestra Compañía, un cuerpo deliberativo o capitular, sino sólo consultivo, cuya función, bien entendida y plenamente aceptada, consiste en ayudar al Superior de forma que pueda él determinar qué deba hacerse para mayor gloria de Dios y servicio de los hombres. (n.24)

Si aún se quiere aclarar más la perspectiva desde la que el superior está llamado a actuar, habrá que añadir a este texto algunas precisiones concernientes al objeto del discernimiento. El decreto 11 subraya de hecho, como ya lo hemos recordado, su aspecto apostólico; y a esta dimensión primaria subordina las demás recomendaciones que conciernen al estilo de vida de la comunidad:

En todo caso, se ve claro que nuestras comunidades no deben estar encapsuladas, sino sumamente abiertas, *son comunidades para la misión* que reciben de la autoridad; pero esa misma autoridad espera que la comunidad, en unión con su Superior, cuya decisión final secundará, discierna y busque los arbitrios concretos para cumplir la misión y el procedimiento para evaluarla y revisarla a la luz de su realización efectiva. En otras palabras: en la comunidad lo mismo que en los particulares, la vida de la gracia y de la virtud es de donde dimana la fuerza para las realizaciones que se nos proponen. De ahí que sea ineludible instaurar en nuestras comunidades un estilo de vida flexible, sí, pero firme, que fa

vorezca la oración individual y comunitaria, proporcione relajación de tensiones y expresiones del gozo de vivir e introduzca un clima en el que hombres entregados al servicio apostólico puedan—como los Apóstoles de Jesús—crecer gradualmente hasta la altura de su vocación . (n.18)

7. Conclusión.

Si tuviéramos que delinear, a grandes rasgos, la imagen del superior de comunidad, ¿cómo la podríamos esbozar al final de este artículo?. Sabiendo que quedarán en la sombra un buen número de precisiones y matices, la describiremos del modo siguiente:

Un hombre inserto en el corazón de su comunidad, con un conocimiento íntimo de las personas y de su vida apostólica, capaz por tanto de trabar con cada uno relaciones sobre lo esencial de su vocación y su misión; un hombre que sea el símbolo y el garante de la unidad de su comunidad, ante todo como comunidad apostólica, un hombre deseoso de responder a las exigencias apostólicas de hoy, por medio de la intercomunicación y el discernimiento comunitario; capaz de orientar las energías apostólicas de los individuos y el grupo hacia objetivos definidos y sometidos continuamente a un auténtico discernimiento; un hombre por tanto que goza de la confianza de quienes le han sido confiados y a los que se esfuerza por mantener en dependencia y unión con el cuerpo de la Compañía y la misión que realiza; un hombre deseoso de proporcionar a todos y cada uno un ambiente de revitalización espiritual, de encuentro fraterno, de formación permanente, de reflexión y de expansión que aseguren su disponibilidad al servicio de la misión. En él la "*cura personalis*" y la "*cura comunitaria*" son indisolubles y se ordenan conjuntamente a aquello que, en virtud del fin de la Compañía, les da sentido; la "*cura apostolica*".
